

## MONUMENTO Á AMEGHINO

La vida de los sabios, ha dicho Saadi, vale cuanto el oro. Hay que glorificarla no con flores, sino con el polen fecundo de las flores.

La Grecia, después de 22 siglos de muerta como entidad política, sigue gobernando al mundo, no ciertamente por sus arcontes sino por los hombres que legaron á la humanidad su pensamiento en las artes, en la ciencia y en la filosofía. Mas: vive en el espíritu de todas las civilizaciones, admirada, gloriosa, inmortal. El homenaje no tiene confines; es una madre universal. Cuando soñamos en una civilización grande, luminosa, perfecta, pensamos en ella conquistada y triunfante en el corazón y en el alma de todos los hombres. Antes de ella y después, vivieron muchas naciones vastas y pobladas. Pero nos queda de ellas el nombre porque no tuvieron hombres. Esta experiencia milenaria, señala á las generaciones presentes, la obligación de rendir culto á quienes las intelectualizan, no por gratitud sino por egoísmo. Europa nos ilumina; seamos también esta vez sus aprendices. Cada estado de aquella admirable cultura, cuida con celoso fervor el calendario de sus grandes hijos, perpetuándolos en el libro, en la poesía, en el mármol, en las calles, en las naves, en los cines, por todos los medios que dejan una impresión profunda en la masa humana, estímulo poderoso para los que comienzan, un panegérico blanco y soñador para la caravana que pasa. Pero no es el egoísmo condal que perpetúa ascendientes para fundar un abolengo en méritos que el análisis reposado no descubre. Es el orgullo de la raza que ebria de la gloria de sus pensadores, de sus artistas, de sus trabajadores, grita su capacidad, su fuerza, su genio, su derecho al afecto universal.

El derecho de los pueblos á la historia lo acreditan su agudeza analítica y su potencia creadora, es decir, la idea ó el hecho producidos por la indagación y el razonamiento. Las colectividades, no jóvenes, porque pertenecemos á una raza evolucionada, sino organizadas ayer como la nuestra, pusieron toda su atención en formar la clase política y en el bienestar económico, es decir, en disponerse para pensar y crear. Nuestras lides explican nuestra formación; pero para el mundo civilizado podrían muy bien señalar

un período de luchas domésticas justificado por ningún interés universal. Nacemos á la vida y hemos entrado en el concierto de las naciones civilizadas, en estos 53 años de paz; mas, fuerza es confesarlo, nuestra reputación es la de eximios explotadores de nuestras vastas y fertilísimas tierras: abastecemos al continente que analiza, piensa y crea.

Creímos, para justificar merecimientos, que bastaba la glorificación de los que sacrificaron sus vidas en los combates de la independencia y de las guerras civiles. La prodigalidad fué tanta, que hemos llenado el país de nombres y monumentos; gran parte de ellos nunca tendrán un significado para las gentes; no serán un estímulo para la juventud, expresarán un sentimiento de justicia exagerando el valor histórico de los pequeños en detrimento de los grandes, dejando, á veces, en el olvido, á los que se entregaron á los pacientes combates del gabinete, porque olvido es, cuando no viven en el alma nacional. De esta suerte, el monumento, la inscripción, el libro, todo aquello que el ingenio creara para mantener viva la conciencia de la propia aptitud, deja de ser una función histórica, una función ética, una función social.

La explicación no es justificación. El concepto de premio trae consigo el concepto humanista de capacidad y de trabajo sin propósitos individuales. Considerar al progreso en el círculo tradicional y limitado de la acción militar y política, es verlo tan solo *bajo uno de sus aspectos, por cierto, deslumbrante pero no el más constructor, porque la ciencia y el arte, ordenatrices de la actividad, lo son de la libertad.*

Encumbrar los esfuerzos, intelectualizar, dignificar las grandes virtudes, es el sentido histórico de esta conmemoración. Es el criterio con que el siglo XX juzga á la actividad humana, un criterio analítico y sentimental.

En la hora de la justicia no hemos olvidado pero no nos hemos preocupado suficientemente del papel trascendental que la ciencia, la poesía, la industria, la educación, el arte, han desempeñado en nuestra organización, en nuestra cultura, en la gestión pacífica de nuestra grandeza. Es necesario poner esas actividades en evidencia para ser considerados. Ser considerados es tener delante un camino de flores.

Estas palabras pretenden explicar la obra de justicia y dignificación en que la Sociedad Científica Argentina está empeñada: grabar en el alma popular, el nombre de uno de sus grandes trabajadores, de sus grandes virtuosos, de sus grandes genios y fijar, al mismo tiempo, un sentido de la historia argentina, hasta ahora vacía y sin ambiente popular.

¿Qué es el sentimiento nacional, sino el amor al futuro? ¿Tener una ciencia, tener un arte, tener virtudes que conserven á nuestros hijos y los transmitan á las generaciones que nos sucedan? El porvenir exige de nuestro corazón disciplinas que enaltezcan la vida colectiva. Por desgracia, tiene en nuestro país una acentuación demasiado fuerte la alegría de vivir. Se junta el oro y se le siembra al voleo en París. Para una gran parte de los argentinos esta

república no es sino una factoría fenicia; están cavando una fosa y pervirtiendo los instintos más grandes de conservación.

La necesidad de vivir nos exige una moral elevada y un criterio más noble de nuestra propia actividad. Demos á la juventud, escéptica y ligera, un gran ejemplo; llamemos sobre El, sobre una vida pura, consagrada al trabajo y al pensamiento sin entregar una hora de sus cuarenta años al juego ó al cabaret, la atención, á fin de que su alma se nutra de sentimientos sanos y el mármol evoque no una vida de sacrificios, sino una vida de energías bien aplicadas.

Ameghino fué uno de esos providenciales que la fortuna regala á los estados jóvenes para desmaterializar el concepto que de ellos se forman los que de lejos solo creen distinguir montañas de trigo. Sin ambiciones sociales, observador sagaz, imaginación exuberante, escritor fecundo, consagró al trabajo hasta las horas de su agonía para legar un patrimonio colosal de creaciones y descubrimientos al país y á la humanidad, sin más estímulo que su explosiva voluntad, revelando al mundo los secretos insospechables de los maravillosos sedimentos patagónicos que ninguna envidia, ni doctrina, ni suspicacia podrán discutir; y á la ciencia, conclusiones que han deshecho teorías y rehecho creencias sobre la evolución de las clases privilegiadas del reino animal de las que el hombre es su expresión más perfecta.

Este filósofo de lo naturaleza solo puede tener en Lamarck ó Darwin, su equivalente. Por eso, el país debe imponerse la obligación de hacer con él lo que Francia é Inglaterra han hecho con aquéllos, para señalarlo como ejemplo á la juventud y reclamar del mundo su gesto noble hacia nosotros.

El olvido no debe arrebatarnos esta luz que tanto nos dignifica. Por esto, hombres empeñosos han tomado sobre sí la esforzada tarea de difundir sus obras reimprimiéndolas en ediciones económicas; por eso el gobierno de la provincia ha decidido, con fondos públicos, levantar un monumento digno del sabio, frente al Museo; por eso en todas las provincias se ha producido un movimiento halagador en el sentido de perpetuar en un monumento nacional la memoria del gran hombre. Por eso, la Sociedad Científica, ha instalado subcomités en todos los centros poblados, para que la subscripción responda á la grandeza del propósito y sea la expresión del sentimiento popular de la república.

El comité organizado por la Sociedad Científica, pide el concurso á todos los habitantes de la nación á fin de que Buenos Aires ofrezca, entre los monumentos que consagran el gesto heroico de la capacidad política, el gesto fecundo de la capacidad científica.